

ARTE

ELENA BLASCO

Regreso a la infancia

Galería Fúcares
Conde de Xiquena, 12. Madrid
Hasta el 4 de enero

¿Se imaginan un mundo en el que Wendy, Peter Pan, Campanilla, el señor y la señora Darling -incluso el Capitán Garfio- pudieran vivir en una insospechada armonía? ¿Un país en el que ser adulto no fuese sinónimo de grave seriedad y aburrimiento? Algo así como un «País de Siempre Jamás»... Bien podría ser ese el mundo urdido por Elena Blasco (Madrid, 1950) a través de sus obras. Un universo lúdico, juguetón, con grandes dosis de ironía y autoparodia. Un imaginario singular e inconfundible en el que giran los habitantes de un país, de un paisaje y de un paisaje más propios de un cerebro infantil que de una imaginación «razonable y madura». Hallazgos plásticos hechos por un niño@ a través del perverso tamiz polimórfico de un adulto reconvertido. La certeza de que crecer no sólo no es malo sino necesario siempre que se conserve el deseo de hacer posible lo imaginado.

Este mundo tan personal se construye mediante la combinación y el mestizaje de diversos lenguajes y medios: pintura, fotografía, objetos, esculturas... Parte notable de la muestra la componen seis fotografías en color de gran formato que recogen algunas de sus constantes: sentido colorista alegre y sensual, un espíritu irónico y burlón, figuras y personajes pintados con toques rápidos, «a la prima», dentro de una iconografía casi infantil y/o naïf... El proceso de realización de estas copias fotográficas constituye una interesante tautología icónica: Primero obtiene la foto de una imagen, después la manipula pictóricamente con acrílicos, vuelve a continuación a tomar una fotografía para, posteriormente, cerrar el ciclo con un último tratamiento, en este caso digital. Viene, pues, a ser algo así como -parafraseando a Joseph Kosuth- la imagen de la imagen de la imagen. Un curioso palimpsesto plástico.

En algunas piezas rompe con la bidimensionalidad del plano incorporando toda una batería de fragmentos de telas, peluches, encajes, lazos (en una clara alusión autoparódica al «eterno femenino») e incluso objetos y muñecos. Pienso en una obrera muy fresca y sugerente como «Negrito», en la que combina en un totus revolutum pintura acrílica, tela, mantel, tejido elástico y hasta un negrito de escajola. Un paso más en esta ruptura de la planitud lo constituyen sus esculturas. Son obras como «Silla Lazo» o «Baile en familia», en la que dos figuras en poliéster de plano medio, hombre y mujer, bailan (si es posible hacerlo sin piernas) con un niño-cojín encima de ellos. ¿Juegos inofensivos o el refrescante delirio de un niño@ re-convertido en adulto? F. CARPIO

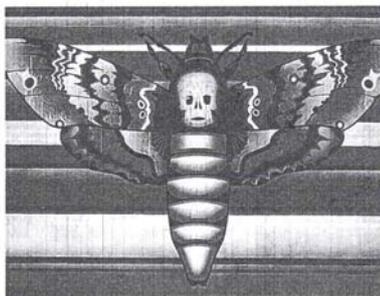
ENRIQUE G. LOZANO. «UKIYO-E»

Madame Butterfly y la pintura

Galería Arsnova XXI
Zurbano, 11. Madrid.
Hasta el 30 de diciembre

Una casa en la colina que domina Nagasaki y su bahía. El teniente Pinkerton, de la marina americana, de paso por esta ciudad japonesa, llevado por un casamentero profesional visita la pequeña casa que debe ocupar con Cio-Cio-San, una geisha de quince años, apodada Madame Butterfly, que se va a casar con él ese mismo día... Empieza así el acto primero de la ópera de Puccini, «Madame Butterfly», un ejemplo más de las nacientes relaciones, a veces un tanto tortuosas, entre Japón y Occidente. El recuerdo de la trágica existencia amorosa de esta joven geisha ha acudido rápidamente a mi memoria al contemplar las obras de Enrique G. Lozano (Viena, 1970). Al igual que el doliente amor de Cio-Cio-San por el oficial Pinkerton, estos cuadros son también un intento -plástico- por unir y relacionar dos culturas, dos mundos tan opuestos y tan imantados como Japón y Occidente. Esta intención, demasiado ambiciosa para salir totalmente triunfante, se articula a través de la re-interpretación del imaginario que puebla el UKIYO-E, el

arte de las estampas japonesas del siglo XVI. El empleo de grandes formatos tiende a descontextualizar, a transvalorar el sentido intimista, recogido y entrañable que esas imágenes albergaban originariamente. En una inquietante y sugestiva mixtura de lenguajes los referentes pop, e incluso ciertos elementos típicos de la cultura kitsch, se combinan con un repertorio característico de estos grabados orientales: Kimonos, flores de loto, geishas, abanicos, samurais... «occidentalizándolos», dejando ciertas huellas que sirvan de pistas



«Butterfly», técnica mixta sobre papel (130 x 195)

para descubrir ese consciente simulacro. De esta forma, UKIYO-E deviene y se convierte en UKIYO-HOY, tal como señala Bryce Echenique en un texto del catálogo: «Su intento viaje al pasado de los UKIYO-E, a esas es-

tampas del mundo flotante que él nos re-transmite y de-vuelve actualizadas en su UKIYO-HOY, representan también, aunque ahora firmadas con dosis de conocimiento e ironía -esa sonrisa de la razón- los eternos momentos de arte en que los grabados japoneses del siglo XVI se detuvieron en el goce y el placer del efímero vivir».

La factura de estas obras revela un cuidadoso gusto por la materia, especialmente los soportes de papel que intentan traducir algunas de las calidades y texturas más típicas de las estampas japonesas. Son piezas que nos invitan, tras una atenta mirada, a un lúdico ejercicio de múltiples lecturas, un juego de ficciones que crea -por medio de la argucia barroca del trompe l'oeil- un jardín de senderos-íconos que, como en el relato de Borges, se bifurcan y se refractan espectacularmente en otras nuevas imágenes, en otras representaciones. Pienso en obras como «Memento Mori», en la que dos geishas construyen a su vez una enorme calavera o, también, «Gatos», en la cual la cabeza de un gato está formada por la multiplicación de ocho de estos felinos. Pese a todo, nos queda una cierta sensación como de proyecto pictórico a medio concluir. Mucho me temo que Madame Butterfly tendrá que seguir cantando sus penas de amor no correspondido en esta nueva «época de los ruiseñores».

Francisco CARPIO

JANE SIMPSON. «FRESH»

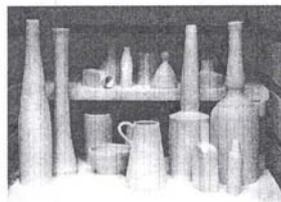
Calor bajo la escarcha

Galería Javier López
Manuel González Longoria, 7. Madrid
Hasta el 19 de enero

Con tan sólo treinta y cinco años la obra de Jane Simpson se ha visto arropada por el reconocimiento internacional que el grupo de los YBA (Young British Artists), al que se la adscribe, ha alcanzado en las últimas temporadas. Sin embargo, frente a las sospechas y duras críticas que no deja de suscitar esa más que difusa y problemática poética compartida generacionalmente, cuyo talón de Aquiles se encuentra en el descarado aspecto promocional, con vistas a una rentable comercialización, a la que se ha visto sometida tanto por parte de coleccionistas como por promotores o inversores, el esfuerzo hermenéutico más generoso con el que se puede encontrar su obra es aquel que se la aproxime sin tener en cuenta ese contexto tan inestable y fungible. Algo que no resulta demasiado difícil porque, a pesar de su corta trayectoria el trabajo de Simpson se articula en torno a un discurso personal que

en determinados momentos se presenta asombrosamente sólido y definido.

Dos son los motivos que la artista ha encontrado más rentables, sometiéndolos a diversas variantes en un buen número de sus obras. El primero de ellos es el empleo de unidades de refrigeración aplicadas a diversos objetos (el pasamanos de una escalera, una puerta, una máquina de coser, distintos mue-



Naturaleza. Una de las obras expuestas

bles o mesas con diversos utensilios encima, etc.), que condensan una capa de escarcha o hielo sobre ellos. Enfrentadas a las conocidas mesetas nevadas de nuestra Susy Gómez depararían más de una sorpresa, resultando llamativo cómo motivos formales tan cercanos en-

contran su impulso original y sus resultados tan distantes. El segundo de sus «leit motif» recurrentes son las paráfrasis a la pintura de Morandi, al cual Simpson dice admirar profundamente. Desde la reproducción escultórica de sus bodegones en cerámica o goma, alterando su escala y color original, y sometiéndolos a un frío o calor extremos, hasta las desconcertantes paráfrasis que de los mismos realiza con viejos «Tupperware» en los que el plástico ya se ha vuelto amarillento y conserva además restos indelebles de olor.

Como descubrió asombrado Edouard Roditi al visitar en 1958 el estudio del pintor boloñés para una entrevista, «bajo un Morandi acabado se esconden capas de color, azules y rojos muy vivos que proporcionan un cálido resplandor a los grises y blancos que vemos en la superficie. Los mismos colores debían existir bajo la espesa capa de polvo pardusco que cubría, difuminándolos, los objetos de porcelana y cristal que pintaba». Pues con Jane Simpson pasa casi lo mismo, que cuanto más atentamente se mira su obra, más calor e intensidad desprende a pesar de su aparente frialdad, de su escarcha epidérmica.

Oscar ALONSO MOLINA

JANE SIMPSON. «FRESH»

Calor bajo la escarcha

Galería Javier López

Manuel González Longoria, 7. Madrid

Hasta el 19 de enero



Con tan sólo treinta y cinco años la obra de Jane Simpson se ha visto arropada por el reconocimiento internacional que el grupo de los YBA (Young British Artists), al que se la adscribe, ha alcanzado en las últimas temporadas. Sin embargo, frente a las sospechas y duras críticas que no deja de suscitar esa más que difusa y problemática poética compartida generacionalmente, cuyo talón de Aquiles se encuentra en el descarado aspecto promocional, con vistas a una rentable comercialización, a la que se ha visto sometida tanto por parte de coleccionistas como por promotores o inversores, el esfuerzo hermeneúico más generoso con el que se puede encontrar su obra es aquel que se la aproxime sin tener en cuenta ese contexto tan inestable y fungible. Algo que no resulta demasiado difícil porque, a pesar de su corta trayectoria el trabajo de Simpson se articula en torno a un discurso personal que

en determinados momentos se presenta asombrosamente sólido y definido.

Dos son los motivos que la artista ha encontrado más rentables, sometiéndolos a diversas variantes en un buen número de sus obras. El primero de ellos es el empleo de unidades de refrigeración aplicadas a diversos objetos (el pasamanos de una escalera, una puerta, una máquina de coser, distintos mue-



Naturaleza. Una de las obras expuestas

bles o mesas con diversos utensilios encima, etc.), que condensan una capa de escarcha o hielo sobre ellos. Enfrentadas a las conocidas mesas nevadas de nuestra Susy Gómez depararían más de una sorpresa, resultando llamativo cómo motivos formales tan cercanos en-

cuentran su impulso original y sus resultados tan distantes. El segundo de sus «leit motif» recurrentes son las paráfrasis a la pintura de Morandi, al cual Simpson dice admirar profundamente. Desde la reproducción escultórica de sus bodegones en cerámica o goma, alterando su escala y color original, y sometiéndoles a un frío o calor extremos, hasta las desconcertantes paráfrasis que de los mismos realiza con viejos «Tupperware» en los que el plástico ya se ha vuelto amarillento y conserva además restos indelebles de olor.

Como descubrió asombrado Edouard Roditi al visitar en 1958 el estudio del pintor boloñés para una entrevista, «bajo un Morandi acabado se esconden capas de color, azules y rojos muy vivos que proporcionan un cálido resplandor a los grises y blancos que vemos en la superficie. Los mismos colores debían existir bajo la espesa capa de polvo pardusco que cubría, difuminándolos, los objetos de porcelana y cristal que pintaba». Pues con Jane Simpson pasa casi lo mismo, que cuanto más atentamente se mira su obra, más calor e intensidad desprende a pesar de su aparente frialdad, de su escarcha epidérmica.

Óscar ALONSO MOLINA